
UN ALCARREÑO ILUSTRE

Hace algunos días, leí un comentario en el semanario "Nueva Alcarria", referente a un hecho luctuoso acaecido no ha mucho. Me hizo recordar a un amigo muy querido desde mi infancia. Se trata, del que hasta hace poco tiempo, fue Alcalde de Zaragoza, el Excmo. Sr. D. Ramón Sainz de Baranda, hoy ya desgraciadamente desaparecido. Fue un personaje que a pesar de haber sido paisano nuestro, se desconoce todo de él, excepto su nacimiento en Taracena y algún otro dato suelto por conjeturas.

Prescindiendo de sus cargos públicos, todos muy merecidos por su valía y talento y de los políticos, que le han hecho famoso no sólo en España, sino internacionalmente, voy a referirme solamente en este recuerdo, al amigo de la infancia, al compañero de juegos, al que sufrió en su carne los zarpazos de la guerra que asoló nuestra Patria y que precisamente en aquellos momentos es cuando estuvo más unido a mi persona.

Efectivamente, nació en Taracena, pero su verdadera infancia la pasó en el próximo pueblecito de Irtopal, donde su padre, D. Alvaro Sainz de Baranda, ejercía como médico. Ramón, era el cuarto hijo de los cinco que tenía el matrimonio, su madre, una santa, se llamaba Doña Isabel Jiménez. Vivían en una casa con una gran huerta, la que creo, con el tiempo, pasó a ser propiedad de mi también amigo Felipe Solano.

En la casa donde yo vivía, plaza del Conde, número 9 (hoy de los Caídos), justamente debajo de mi piso, en el primero izquierdo, vivía D. Manuel de Aguilar, marqués de Villamarín y comandante de infantería retirado. Esta familia, tenía mucha amistad con los Sainz de Baranda, los que venían de vez en cuando de visita. En tales casos, los dos hijos pequeños de esta familia, Ramón y Julián, como eran uno de mi misma edad y el otro de la de mi hermano Guillermo, jugaban con nosotros que también éramos amigos y vecinos de la casa, bien en la plaza, o en el jardín que había delante del edificio.

Empezó la guerra, y la familia Sainz de Baranda, se vino a Guadalajara en casa de sus amigos. El día 22 de julio, D. Alvaro, el padre, y su hermano Fernando, intervinieron en la defensa de la ciudad, como otros muchos paisanos, contra las milicias del gobierno republicano. A la toma de Guadalajara, Fernando fue fusilado en la calle, mientras D. Alvaro, logró esconderse en casa durante unos días; como no le encontraban, se valieron de una estratagemas: simulaban que venía la aviación a bombardear, dando el grito de alarma y cuando salimos todos los vecinos a refugiarnos en el piso bajo, en el descensillo de la escalera, lo apresaron, y separándole de sus hijos que lo abrazaban fuertemente las piernas, llorando a gritos, se le llevaron, asesinándole poco después. Otro hermano más mayor llamado José María, que trabajaba en el Banco de España de Pamplona, también fue muerto al tratar de reunirse con sus familiares que no lograron verle.

Pasaron meses de angustia esta familia y la de Aguilar, a los que también habían matado al padre. Doña Isabel, no dejaba salir a sus hijos pequeños a la calle, por lo que jugaban con nosotros, esta vez en el patio interior de la vivienda, donde había una parra que subía hasta mi piso; allí jugábamos a lo que veíamos y oíamos constantemente: a la guerra. Recuerdo todavía la voz ceceante de Ramón, debida a un defecto dental. Su frente, despejada y amplia y un poco blanca, con un mechón de pelo liso y aplastado sobre ella, lo que me hizo llamarle "frente de queso", apodo que él soportaba bonachonamente. Es la primera vez que jugando, le oí cantar la internacional, mientras que su hermano Julián, dando golpes con un palo sobre un bote a modo de tambor, gritaba de una manera repetitiva: "No le des pan y cuartel, pan y cuartel, pan y cuartel...".

A primeros de Enero de 1937, fueron evacuados al pueblo de Romanones, perdiendo sus casas y enseres. En él vivieron las dos familias (ocho personas), amontonados en una casa muy pequeña, de la caridad de las buenas gentes del pueblo, hasta que finalizó la contienda; entonces, se fueron a vivir a Zaragoza, donde tenían un tío en el Banco de España. La hermana mayor, Carmina, se casó con un prestigioso médico de la ciudad, mientras los pequeños empezaron a estudiar el bachillerato. El pequeño, Julián, se colocó también en el Banco de España, y Ramón, ingresó en la Universidad, terminando la carrera de Derecho. De aquí en adelante, ya conoce todo el mundo los éxitos profesionales y políticos de nuestro paisano, que falleció tras penosa y larga enfermedad, con resignación cristiana, pues fue siempre un católico practicante. En su casa, siempre se rezó el rosario en familia. Fue un hombre de bien, adornado de toda serie de virtudes, todo un caballero, que rindió siempre culto a la amistad.

Que descanses en paz, amigo Ramón, y que Dios te tenga en su Gloria.

Felipe-Marfa Olivier